

ERA DÉBIL

POR ESTHER LÓRIZ CASANOVA

NATURALMENTE que él no me lo decía así. El, dándole vueltas a la boina en sus manos, con la mirada hipócritamente humilde en la punta de peduco que le salía por el agujero de las abarcas y la voz un poco ahuecada, ya bronca por naturaleza, que ponen estos hombres al hablar de cosas que son, o les parece, de importancia, me repetía por cuarta o quinta vez en su desbalazada conversación: «Era mu flojica...»

Casi no me doy cuenta cuando se me despide desmañada e inacabablemente. Y luego, salgo a respirar; a olvidarme del hedor desagradable de su cuerpo. Y de su alma. Que también huelen mal las almas no limpias.

Salgo a sentarme en la hierba frente al lago y a las montañas, a mis montañas. A empaparme de su serenidad en este momento en que el día agoniza, ya sin suspiros.

¡Qué paz, Señor! Nada se mueve, todo en laxitud. Va llegando el silencio y la luz se va. ¡Qué paz, Señor! Paz de estrellas lejanísimas que a nada incitan; paz de agua que no corre, que no amenaza... Aunque llame calladamente.

Y me acuerdo de la muerta que, tal vez, haya cedido a la repetida llamada de algún lago más allá de todas las montañas.

Cuando la vi la última vez se parecía a este anochecer. Por fin, le había llegado la hora. La hora de la serenidad, después de haber sufrido; después de haber vivido. La serenidad en el momento del fin del esfuerzo, el de todo fin de todo esfuerzo. Y esta calma, esta paz última y primera que la envolvía toda, me llegó un poco a mí también y hasta

tuve envidia de su reposo: yo también estaba cansada, muy cansada, definitivamente cansada. Sin apetecer más que cerrar los ojos, como ella, y, en relajación total, olvidarme de existir, de ser... Duelen tanto las fibras sensibles durante la vigilia...

Que era «mu flojica». ¡...Mentira!, le hubiera gritado en sus narizotas anchas y aplastadas. ¡Mentira, cobarde, mentira!

Por lo menos, no la juzgues tú que no tienes ojos suficientemente abiertos para abarcar su altura, ni olfato para haber percibido su aroma.

¡Mentira!, hombrón de alma amazotada donde no pudo penetrar su lluvia de ternura. ¡Qué sabes tú de su fortaleza ni de su valer si la ignoraste completamente y usaste de ella con el mismo imperio y menos amor que de tu jadona de maigar la hortalicia. Si era... Si era como una de las mujeres fuertes de la Biblia!

Cuando la trajiste aquí parecía una flor: cimbreaña, bonita, joven... alegre! Yo sola, de entre todos vosotros, pude ver y vi que expandía sus dones como la luz las estrellas. Más viva aún que ellas tenía como prisa en regalar sus tesoros. ¡Y a qué manos fueron a parar! A qué yermos incapaces de fruto alguno...

Cuando me la trajiste a que la conociera, me maravillé de que tu necia mano hubiera sabido elegir tan bien. Aun temiendo tu torpeza me gustó soñar durante un instante que sabrías cuidarla. Y ella, yo lo veía bien, venía llena, rebosante de todo. Y de esperanzas. ¡Pobres esperanzas...!

Porque ella contaba, segura, contigo. Contaba con que tú estarías animado del mismo ardor y las mismas ilusiones. Contaba con tu afán de trabajo y superación; con tu apoyo moral y físico.

Ya sé que ella no pensaría todas estas cosas, y, mucho menos, así; pero las sentiría y, lo que es más doloroso, tendría una fe ciega y natural en su realidad.

Y como era de las que ponen el alma entera, sin roñoserías, en todo lo que emprenden, se entregó a ti y a su nueva vida con el ímpetu sin estridencias y la belleza alegre del agua que corre por un cauce en declive.

Y, nada más elevarse, como cuerpo en quien se cumple fatalmente la ley de la gravedad, cayó.

Ella no se daría bien cuenta de por qué esa amargura como un socavón negro en el pecho y ese mal gusto de boca lindando con la náusea. Y ese volverse de plomo los brazos y las piernas y como de corcho el corazón. Yo sí lo sé y podría explicártelo. Pero, hasta risa me da pensar: de mí dirás que estaba loca.

Y es que había tenido el primer fallo de ti: tú mismo. Porque—¡qué cosa amarga, amarga y dolorosa!—de pronto te sintió desligado; fuera completamente de ella. De ella que había tenido cuidado de llenarse bien de ti y que, ahora, al irte, la habías dejado vacía, hueca.

Después le fallaste en lo material. Porque es fallar ponerse a medias a realizar cualquier obra; sobre todo cuando el compañero en el tajo es todo ímpetu noble y honrado.

Hay que tender con todas las fuerzas del alma muy unidas a las del cuerpo hacia lo que se hace y su resultado. Sólo así, y no siempre, desgraciadamente, puede obtenerse un balance positivo.

Y ella luchó y trabajó siempre en doble medida de sus fuerzas. Al principio, porque no quiso acobardarse y su naturaleza, nueva y potente, la hacía rendir, casi sin pena, hasta más allá del máximo.

Luego, aunque descorazonada, porque soñaba poder comunicarte la parte de entusiasmo que a ella le sobraba y a ti te correspondía.

Ultimamente, desesperada ya, por necesidad; por la terrible necesidad que cada hijo fue haciendo más patente.

Y, desde este recodo de su camino, miraría al comienzo y sentiría lástima de sí misma. Se sentiría vieja, porque envejecida estaba y por dentro aún más que por fuera, y se le antojaría risible, trágicamente ridículo, las ilusiones de que había venido jubilosamente cargada.

Y no creas que yo sé todas estas cosas porque ella me las contase. Era tan inmensa que le cabía dentro todo su dolor.

Su desilusión que, como una gusanera, se la fue comiendo, comiendo de dentro a fuera hasta dejarla casi transparente. Sólo ojos le quedaron. Profundísimos, ahondados hasta su amargura.

Y tú sin enterarte de nada. Creo que hasta te sorprendió verla muerta.

Casi de repente, extrañado, te encontraste mirándola, aplastada y fría como una lámina de metal, con las únicas prominencias de la frente, suave, y la nariz, hiriente.

Y sólo entonces, en un eco sordo, la oíste toser y suspirar cortadamente. Pero mucho después de todo. Y tan acabado ya!

Al verla ahí tan nada, tan sombra, tan fantasma, te reaseguraste en tu falsa fortaleza de hombre y miraste desdeñosamente, de muy grande a demasiado pequeño, a aquella pobre cosa que había intentado ser tuya. Que hubiera querido, aun sin saberlo definir—¡qué segura estoy!—, en maravillosa y perfecta ósmosis, convertirte en sí y rendírsete en nueva y doble ofrenda.